

VICENTE, GIL (1465 – 1536)

COMEDIA DE RUBENA

ESCENA I

ARGUMENTO

En tierra de Campos allá en Castilla,
había un abad que allí se moraba:
tenía una hija que mucho preciaba,
bonita, hermosa a gran maravilla.

Un clérigo mozo, que era su criado,
enamórose de aquella doncella:
la conversación acabó con ella
lo que no debiera haber comenzado.

Llamaban a ella por nombre Rubena;
hallose preñada: el mozo ahuyó:
todos su meses arreo encubrió,
que viva persona sabía su pena.

Su padre era fuerte, cruel por nación,
celoso, muy bravo sin templa ninguna:
lloraba Rubena su triste fortuna,
rompiendo las telas de su corazón.

Estando una noche sin más compañía
que sola tristeza sin partirse della,
saltan dolores de parto con ella,
su padre acostado, pero no dormía.

Sin esperanza de algún abrigo
viéndose asida de tanta tristura,
sufriendo sus penas con mucha cordura
empieza diciendo entre sí consigo:

¡Ay de mí! De mí robada
y no de otros robadores,
¡ay de mí! Desventurada:

yo que no puedo, cuitada,
decir ay a mis dolores.
¡Ay! Que no oso quejar,
¡ay! que no oso decir,
¡ay! que no oso querellar,
ni me puedo ya vengar
del consentir.

¡Oh, triste de mí, Rubena!
¿A quién me descubriré?
¿A quién contaré mi pena?
¿Cómo porné en mano ajena
mi vida, mi honra y fe?
Oh, mocedad desdichada;
de falso amor engañada,
engañada sin sentido:
¿qué haré, desamparada?
¿Qué haré, triste, preñada
sin marido?

Escuro parto escogí
en peligroso secreto,
¡Qué será triste de mí!
¡Oh Dios, por qué me salí
de mi camino discreto!
¡Quién tuviera, quién hallara
una preciosa vara,
que tuviera condición
que improviso me llevara
a alguno que me sacara
el corazón!

Oh, tristes nubes oscuras
que tan recias camináis,
sacadme destas tristuras
y llevadme a las honduras
de la mar adonde vais.
Duélanvos mis tristes hadas,
y llevadme apresuradas
a aquel valle de tristura,
donde están las malhadadas,
donde están las sin ventura
sepultadas.

Yo misma quiero el morir.
¿Por qué me apretáis, dolores?

Mas duele el arrepentir
dos mil veces que el parir.
Angustias paso mayores
en pensar cuanto preciada
desde niña fui criada,
y por cuán vil paso amaro
a tal punto soy llegada,
tan desierta y alongada
del amparo.

Siempre de mi padre amada,
siempre de todos querida,
siempre tan ataviada,
siempre señora llamada,
siempre adorada y servida.
Siempre borra y muy esenta
siempre en puerto sin tormenta,
mas mirada que la luna,
siempre leda bien contenta;
mas ora me toma cuenta
la fortuna.

Si acaso me descubriere
a Benita hablarlobia
pero si sola pariere
y pariendo me muriere,
¡Oh, cuánto mejor sería!
¿Sin ventura, qué haré?
Que me cercan los dolores.
¡Oh Rubena! ¡Di por qué
creíste la falsa fe
de los amores!

BENITA
(Su criada.)
Señora, ¿con quién habláis?
Vos veis alguna visión,
no sé de qué os quejáis.

RUBENA
Del mal de mi corazón.

BENITA
Las quijadas
tenéis tan descarrilladas

y la barriga rellena,
las espaldas empañadas
que no sois vos, aosadas!
¿Con quién trocastes, Rubena?

RUBENA
Con nadie, no sé qué dices.

BENITA
Tenéis los ojos sumidos
y delgadas las narices.

RUBENA
Tú no ves que son lombrices.

BENITA
Poco entiendo estos partidos:
sí será,
y eso mismo os causará
tener ojeras y paño.

RUBENA
¡Ay, qué gran dolor me da!

BENITA
Será de la frialdad
que cogistes ora un año.

RUBENA
¡Ay dolores de pesar!

BENITA
Bien entiendo a mi señora,
y ella quiéreme cegar.
Digo que no sé pensar
qué remedio os busque agora.

RUBENA
Oh, Benita!

BENITA
Estábades tan bonita
nueve meses que habrá,
tan blanca y coloradita,
no sé qué dolor maldita
o qué cosa esta será.

Parece que os salta el bazo
en derecho del ombligo
como si fuera embarazo.

RUBENA

Corrimiento es desto brazo,
que nunca acaba conmigo.

BENITA

Bien está!
Andáis de acá para allá
descalza por las heladas:
de corrimientos será.

RUBENA

Llámame Genebra acá
que te haden buenas hadas,
que me venga bendecir
del quebranto mucho presto
presto, que me he de morir.

BENITA

Paréceme esto parir.
Digo que me pesa desto
en gran manera.

RUBENA

Pues aguija antes que muera.

BENITA

Si tenéis sufrimiento,
descansáredes siquiera.

RUBENA

Ve por la bendicidera.

BENITA

Primero os diré un cuento.
Diz que se era un escudero,
Tenía la mujer tiñosa,
y subiendo en un otero
encontró con un vaquero
desollando una raposa.
El escudero cuitado
andaba desarrapado,
las nalgas todas de fuera

y el haz desamparado,
el cogote trasquilado
sin osar decir quien era,
como persona sentida
Yendo así por las montañas.

RUBENA
¡Oh quién no fuera nacida!
Viéndome salir la vida,
paraste a contar patrañas.

BENITA
Pues otra sé de un carnero.

RUBENA
Anda, corre, que me muero!
¿No me irás por el vivir?

BENITA
Dejadme cantar primero
tiempo es el caballero,
que se me acorta el vestir.
Mas mal hay de lo que suena,
no se puede esto atapar:
bien vi yo en hora buena,
que las risas de Rubena
nesto habían de parar.
Tanto burlar y reír
con tanto de ir y venir,
el ojo al clérigo nuevo:
húbola de bendecir,
y ella lo quiere encubrir
estando ya al rabo el huevo.

RUBENA
No te entiendo.

BENITA
Vó rezando.

RUBENA
Oh, dulce Virgen gloriosa,
a ti pillo sospirando
que te pases deste bando
de Rubena desdichosa.
Tú, que tuviste encubierto

aquel divino secreto,
encubre mi triste suerte
no mires mi desconcierto,
que sin ti me espera cierto
mala muerte.

FIN